



COLECCIÓN
CALCETÍN

Adaptación
V. Muñoz
Puelles

Ilustraciones
Adriana
Santos

Lazarillo de Tormes





Lázaro cuenta sus primeros años

Me llaman Lázaro de Tormes. Soy hijo de Tomé González y de Antonia Pérez, nacidos en una aldea de Salamanca.

Mi padre era el encargado de un molino que se encuentra a orillas del río Tormes. Una noche, estando allí, mi madre sintió de pronto los dolores del parto y me trajo al mundo. Por eso mi apellido es el nombre del río.

Siendo yo un niño de ocho años, acusaron a mi padre de descoser los sacos de trigo, para quedarse con una parte. Lo arrestaron, y confesó. Y es que el nombre de Tomé le iba como anillo al dedo, por lo mucho que cogía y tomaba.

Por entonces se organizó una expedición naval contra los habitantes del norte de África, que poco o nada nos habían hecho. Eso salvó a mi padre de la cárcel, porque se embarcó como criado de un caballero que iba a la guerra. Se cuenta que sirvió a su amo hasta la muerte, y que cayeron juntos.

Al verse viuda, mi madre decidió ponerse a trabajar. Se fue a vivir a Salamanca, alquiló una casita y se puso a cocinar, a servir y a lavar la ropa de unos mozos que cuidaban los caballos de un noble.

Eso la llevó a frecuentar los establos. Allí conoció a un hombre muy moreno, o sea,

negro, de los que trabajaban allí, y se enamoró de él.

Ese hombre, un tal Zaide, venía a veces a nuestra casa a pasar la noche, y se iba por la mañana. Otras veces se presentaba en la puerta durante el día, con la excusa de comprar huevos, y se quedaba un rato.

Al principio yo le tenía miedo por el color de su cara, pero, cuando vi que siempre traía pan, trozos de carne y leña para calentarnos en invierno, empecé a quererle.

De su relación con Zaide, mi madre tuvo un hijo negro muy guapo. Yo lo arropaba, y también lo sentaba en mi rodilla para hacer que saltase.

Quiso nuestra mala suerte que el mayordomo del noble se enterase de la relación de mi madre con Zaide. Se hicieron averiguaciones y se descubrió que mi padrastro ha-

bía sustraído parte de la cebada que le daban para los caballos.

También había robado leña y algo de salvado, que es la cáscara del grano de los cereales, así como los paños y las mantas que servían para limpiar y abrigar a los caballos, y que Zaide fingía haber perdido.

Y es que, cuando no tenía nada mejor que hacer, mi padrastro llegaba hasta a quitarles las herraduras a los caballos. Las vendía, y con lo que le pagaban ayudaba a mi madre a criar a mi hermanito. Así que puede decirse que robaba por amor.

Se probaron todos los hurtos mencionados y algunos más, porque me hicieron preguntas con amenazas, y yo, como era un niño y estaba asustado, les conté todo lo que sabía.

A mi pobre padrastro lo azotaron y le echaron tocino derretido en las heridas.



A mi madre la justicia le puso la pena acostumbrada, que era de cien azotes. Además, le prohibieron entrar en la casa del comendador y acoger en la suya al condenado Zaide.

Para no empeorar las cosas, la pobre sacó fuerzas de la flaqueza y cumplió la sentencia. Y, para evitar nuevos peligros y dejar de ser motivo de habladurías, se fue a servir a un mesón. Allí, sufriendo mil contratiempos, crio a mi hermanito hasta que supo andar, y a mí hasta que me convertí en mozo y me pusieron a servir también.

Mi trabajo consistía en llevar a los huéspedes vino, velas y todo lo que me ordenaban. Por entonces vino a hospedarse en el mesón un ciego que, al ver mi buena disposición, me pidió a mi madre, para que lo acompañase como guía.

Mi madre aceptó.

–Tratadlo con cariño y cuidado bien de él –le rogó–, que es un pobre huérfano.

–Lo tomaré, pues, como hijo y no como guía –dijo el ciego.

Así empecé a servir a aquel hombre, que como amo era nuevo para mí, pero como hombre era bastante viejo. Y es que todo es según se mira.